

LA CRITICA Y SUS OPERARIOS

Escribe: ALBERTO MIRAMON

La crítica en general, pero particularísimamente la literaria, guarda con su autor relación aun más estrecha que con el objeto u obra sobre que recae.

La más desapasionada y científica, —aquella que solo se afana y desvela por comprender, rehuendo discutir las ideas ajenas, por creer que esa libertad no está dentro de sus dominios—, lo mismo que la convencional, son partes consubstanciales del espíritu que las ejerce.

Si el estilo, según bellamente lo estatuyó Buffon en su famoso *Discurso*, no es más que el orden y el movimiento que se comunica a las ideas si del encadenamiento más o menos estrecho de aquel orden y de ese movimiento resulta la concisión, la firmeza o la nerviosidad de una obra, lógico es deducir que esas cualidades se derivan del equipo de pensamientos y prejuicios que operan sobre el entendimiento del hombre que acomete la delicada empresa de analizar la producción literaria o simplemente intelectual de otro hombre.

A Oscar Wilde no faltaba razón cuando decía que la crítica es siempre una manera de autoanálisis, y al viejo Anatolio, cuando con inimitable sorna, prevenía a sus lectores de "*La vida literaria*", de que iba a hablarles de sí mismo a propósito de los libros de Flaubert.

Tema para un ensayo curioso y entretenido, digno de la fluidez erudita del autor de "*El crimen de un académico*", es indudable el que ofrecería un examen de las obras maestras de la crítica, para discriminar allí lo que relativamente hay de los propios autores en sus análisis sobre otros ingenios.

Se encuentra generalmente en los versos la explicación vital de los poetas; rastréase allí el origen de su alegría desbordante o de su abrumadora tristeza; ¿por qué entonces no buscar en la prosa analítica la razón o razones que rigen el corazón de los críticos?

¿Qué hay del propio Saint-Beuve en sus páginas amenas y curiosamente escudriñadoras, pero no exentas de cierta ingenua pedantería; qué de Taine en sus generalizaciones tan amplias como resbaladizas; de Hen-

nequin en sus minuciosas e inagotables clasificaciones; de Azorín en sus jugosas síntesis; de Valbuena en sus malhumoradas páginas, y de Brandes en la tersura de sus conceptos?

He aquí un buen sendero, una veta virgen por donde adentrarse en el conocimiento de la urdimbre psicológica de toda una interesante categoría humana. Hasta se le podría dar a ese trabajo un título rico en sugerencias: denominárasele, por ejemplo: *Grandezas y limitaciones de la crítica*".

André Rousseaux, el gran crítico de "*Le Figaro*", recogió en volumen sus boletines críticos, bajo el sugestivo título de "*Literatura del siglo XX*". Por años —media centuria— este autor fue examinando aquellos libros y aquellos escritores que, dentro de la literatura contemporánea francesa, él considera más característicos.

Uno de los conceptos sobre que más insiste es el de que la crítica es ante todo selección. De los aludes de papel impreso que las casas editoras arrojan a los mercados, precisa, según André Rousseaux, saber escogitar lo más importante y valioso.

La función crítica se torna por tal procedimiento en una simple cuestión de gusto. Ella es un arte como los demás —advierte en el prefacio— un arte tan humilde y ciego como los demás, en el sentido de que también está sometida, en última instancia, a los aciertos intermitentes y a las adivinaciones del gusto. Pero el crítico es el único artista que está obligado a explicar sus gustos...

Mas, ¿qué es en definitiva el gusto? ¿Puede este, por sí solo, conducir a la verdad y ser rector de la inteligencia en la apreciación de la belleza y del arte?

Cuando se recuerda el caso de Víctor Hugo, enfrascado, a pesar de su adivinación de poeta y su experiencia de autor dramático, en un dédalo de tonterías, por pretender explicar sus gustos y simpatías a propósito de William Shakespeare, se siente el comentarista fuertemente inclinado a dar una respuesta rotundamente negativa.

Para acertar en ese sistema del gusto en la crítica literaria, que pregonan el autor del libro que se comenta, se requiere una condición extrahumana, una especie de "*flair*" que conduzca milagrosamente al crítico hacia el autor representativo y el libro jugoso, con no menor precisión que la que instintivamente lleva a la abeja a través de los campos en primavera hasta las flores más ricas en néctar.

Bien examinada la cuestión, aparecerían muchos argumentos contra el método analítico e interpretativo que tan elegantemente expone André Rousseaux, quien por lo demás, parece haber comprendido lo falso de su posición, ya que con elegancia muy gala se ha adelantado sagazmente a todos los reparos y responde por anticipado a las objeciones que se le pudieran formular, con el siguiente hermosísimo aparte que nosotros copiamos como remate y contera de estas páginas pobretonas, aunque solo

sea para sacar verdadero al clásico, cuando afirma que en las lecturas ocurre muchas veces como con la sopa de Castilla, que en el asiento está siempre lo más sustancioso y nutritivo. Dice así André Rousseaux:

“La crítica se ejercita manipulando la verdad. Es una tarea apasionante. Es peligrosa. También lo es, en biología manipular el radio. La verdad quema, puede matar... El crítico no es un hombre que posee la verdad, porque ese hombre no existe. Es un hombre que ama la verdad hasta el punto de desear que le ilumine la vida un poco más que de costumbre”.